

UNA CONSAGRACIÓN APASIONADA



Sieger Köder

Desde la Eucaristía, testigos de la Pasión de Dios por la humanidad

Subsidio litúrgico

**Jornada Mundial
de la Vida Consagrada**
2 de Febrero de 2005



Clausura del Congreso Internacional de la
Vida Consagrada, Roma, 2004.
Fotografía: Fernando Prado



Una Consagración apasionada

Bajo la expresión “Vida consagrada” quedan comprendidas todas aquellas personas llamadas por el Espíritu al seguimiento total de Jesucristo en medio de la Iglesia y de la sociedad. Son aquellos y aquellas que, de conformidad con el lema del 2005, viven apasionadamente la consagración que el Señor hace de ellas.

“Apasionarse” significa aficionarse sin medida a su profesión; pero significa, sobre todo, compartir la pasión de Cristo en cuanto destino de aquella humanidad santísima asumida por el Verbo en el seno virginal de María, para que fuese oblación del agrado de su Padre. La pasión de Cristo, al mismo tiempo que es la suprema revelación del amor redentor de Dios, erradica también, mediante la ofrenda obediencial, las causas y los efectos del pecado del mundo. Lo que unifica y da sentido cabal a todos los misterios de la vida de Cristo, es su voluntad de entrega generosa a la pasión y muerte, realizada históricamente en el Calvario y presente de modo real aunque misterioso, en la Eucaristía: “Esto es mi cuerpo entregado por vosotros. Haced esto en mi memoria”. Con ello, mientras el sacrificio de Cristo se hace presente cada día, aparece en la cotidianidad de nuestra vida la disposición de Jesús de hacer meritoria su pasión y muerte en quienes se adentren y se hagan partícipes de la radicalidad de su destino. En consecuencia, la pasión de los consagrados no es otra cosa que la réplica, dentro de moldes débiles y quebradizos, de la misma ofrenda de Cristo al Padre, la cual se verifica cuando ellos se inclinan hacia las heridas de tantos marginados, olvidados de los hombres y alejados de sí mismos, para anunciarles el nombre de Dios que es el amor. Es esto lo que, a nuestro parecer, pretende significar la expresión “pasión por Dios y pasión por la humanidad”.

Por consiguiente, el seguimiento radical de Jesucristo consiste en ordenar todo el proyecto de vida cuyas líneas maestras son la virginidad, la pobreza y la obediencia según el Evangelio y la tradición de la Iglesia, al mismo destino pasional de Cristo. Con Él han de compartir los consagrados la ofrenda de la propia existencia, sea dentro de una vida escondida en Cristo, sea en las actividades más arriesgadas. Si ello se hace no como opción personal, sino en obediencia a la llamada del Señor, la Vida consagrada es un regalo que el Espíritu hace a su esposa la Iglesia; a ella le pertenecerá siempre. Todo el Pueblo de Dios ha de agradecer ese don, ha de custodiarlo y gloriarse en él.

De ahí que la Jornada mundial de la Vida consagrada no haya sido establecida por la Santa Sede sólo para quienes la practican, sino para todo el pueblo fiel que, con su Obispo y presbíteros eleva esta plegaria en la Misa de ese día: “Sea grata a tus ojos, Señor, la ofrenda que la Iglesia llena de alegría hoy te presenta”. Y la ofrenda son los dones del pan y del vino, las candelas procesionales y la Vida consagrada en la Iglesia y en el mundo.

+Luis Gutiérrez Martín

Obispo Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

Fiesta de la Presentación del Señor

Monición de entrada

Nos reunimos hoy para celebrar la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, hecha por María y José.

En este mismo día, la Iglesia universal, por iniciativa del Papa, mira a la vida consagrada y a cada uno de sus miembros, como un don de Dios al servicio de la humanidad.

Los consagrados y consagradas de nuestra diócesis renuevan hoy su consagración por amor a Cristo. Unidos a ellos, en torno a nuestro Pastor, congregados en una sola familia por el Espíritu Santo, vayamos a la casa de Dios, al encuentro de Cristo. Lo encontraremos y lo conoceremos en la fracción del pan, hasta que vuelva revestido de gloria.

Renovación de la Consagración

[Acabada la homilía, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada renuevan su consagración en el seguimiento de Cristo y en la misión de la Iglesia]

El Celebrante:

Hermanos y Hermanas:

En esta fiesta de la Presentación de Jesús en el templo, os invito a todos a agradecer conmigo al Señor el don de la vida consagrada, que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia. Vosotros, aquí presentes, consagrados al servicio de Dios, en una gran variedad de vocaciones eclesiales, renováis vuestro compromiso de seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que, por medio de vuestro testimonio evangélico, la presencia de Cristo Señor,

luz de los pueblos, resplandezca en la Iglesia, e ilumine al mundo.

(Todos oran en silencio durante algún tiempo)

El Celebrante:

Bendito seas, Señor, Padre Santo porque en tu infinita bondad, con la voz del Espíritu, siempre has llamado a hombres y mujeres, que ya consagrados en el Bautismo, fuesen en la Iglesia signo del seguimiento radical de Cristo, testimonio vivo del Evangelio, anuncio de los valores del Reino, profecía de la Ciudad última y nueva.

Cantor: Gloria a Ti, por los siglos.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(I) *Lector 1º*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, tu Hijo, nos has dado la imagen perfecta del servidor obediente: Él hizo de tu voluntad su alimento, del servicio la norma de vida, del amor la ley suprema del Reino.

Lector 2º

Gracias, Padre, por el don de Cristo, hijo de tu Sierva, servidor obediente hasta la muerte. Con gozo confirmamos hoy nuestro compromiso de obediencia al Evangelio, a la voz de la Iglesia, a nuestra Regla de vida.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(II) *Lector 1º*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, nuestro hermano, nos has dado el ejemplo más grande de la entrega de sí: Él, que era rico, por nosotros se hizo pobre, proclamó bienaventurados a los que tienen espíritu de pobre y abrió a los pequeños los tesoros del Reino.

Lector 2º:

Gracias, Padre, por el don de Cristo, hijo del hombre, paciente, humilde, pobre, que no tiene dónde descansar la cabeza. Felices, confirmamos hoy nuestro empeño de vivir con sobriedad y austeridad, de vencer el ansia de la posesión con el gozo de la entrega, de utilizar los bienes del mundo por la causa del Evangelio y la promoción del hombre.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(III) *Lector 1º:*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, hijo de la Virgen Madre, nos diste un modelo supremo de amor consagrado: Él, Cordero inocente, vivió amándote y amando a los hermanos, murió perdonando y abriendo las puertas del Reino.

Lector 2º:

Gracias, Padre, por el don de Cristo, esposo virgen de la Iglesia virgen. Felices confirmamos hoy nuestro compromiso de tener nuestro cuerpo casto y nuestro corazón puro, de vivir con amor indiviso para tu gloria y la salvación del hombre.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El celebrante:

Mira bondadoso, Señor, a estos hijos tuyos y a estas hijas tuyas: firmes en la fe y alegres en la esperanza, sean, por tu gracia, un reflejo de tu luz, instrumentos del Espíritu de paz, prolongación entre los hombres de la presencia de Cristo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Asamblea: (Cantando): Amén, amén, amén.

Preces

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas tres específicas]

● Por todos los jóvenes, para que respondan generosamente a la llamada de Cristo acogiendo en su corazón la radicalidad del mensaje evangélico y consagren sus vidas a la Pasión por Dios y por la humanidad. *Roguemos al Señor.*

● Por los religiosos, los miembros de institutos seculares y de nuevas formas de vida consagrada, por el orden de las vírgenes, para que del encuentro con Cristo reciban los frutos de santidad que muestren al mundo el Amor apasionado del Hijo de Dios. *Roguemos al Señor.*

● Por quienes estamos participando en esta celebración de acción de gracias por la vida consagrada, para que todos seamos uno y el mundo crea en nuestro único Salvador. *Roguemos al Señor.*

Testimonios

Eucaristía

Con solo escuchar esta palabra todo mi cuerpo se estremece. Llegar a vivir la Eucaristía con todos mis sentidos, sabiendo realmente lo que estaba pasando, ha sido un proceso largo y lento; ha sido el comienzo de una relación de amor con Aquel que me ha cautivado. Sólo se quiere aquello que se conoce y la Eucaristía hay que conocerla para quererla en su esencia y no tener que disfrazarla.

Conocerla es también comprenderla y ver lo que está pasando. Es ver ese pan convertido en Vida, su vida, mi vida; ver ese vino convertido en Sangre, su sangre, mi sangre. Ver cómo Él se entrega cada día; ver en esa sangre todo el sufrimiento de la humanidad, mi propio sufrimiento. Sólo cuando comprendí lo más mínimo de todo esto es cuando empecé a amar. No importa quién tiene ese pan y ese vino en las manos, lo único que importa es que son las manos de Jesús acariciando un pan que luego nos repartirá y oliendo un vino que nos calmará.

Jesús es ese pan que se parte y se reparte, y vivir la Eucaristía es convertirse también en pan que se parte y se reparte, sabiendo que lo que estoy dando no son mis posesiones ni nada que me pertenezca, pues realmente nada me pertenece, sino que estoy dando lo más maravilloso que llevo dentro: Jesús, el Hijo de Dios. Jesús nunca, nunca pide algo que no podamos darle, sino que lo único que quiere es que su pan, su vida, sea repartida para que así pueda llegar a todos; esa es nuestra misión, ser mediadores entre El y aquellos a quienes ama: eso es ser Eucaristía.

Ser Eucaristía es ser vida para los demás, vida que se reparte, vida que se entrega, vida que comparte... es entonces cuando puedo sentir a Jesús en mí, cuando puedo sentir aquello que Él mismo sintió en el momento que lavó los pies a Pedro: soledad, ternura... y mucho amor.

Es en el instante en que se alza el pan y el vino cuando le veo a Él, sonriendo, me estremezco pues siento su caricia, y su mirada me habla de amor. Una mirada viva, una mirada que es luz iluminando todo aquello que estaba en tinieblas. Mirada que empuja a mirar a los otros con ojos llenos de luz y de vida: su luz y su vida.

Sólo tengo ojos para Él, ojos enturbiados por las lágrimas y un corazón a punto de estallar. Llego el momento de tener la VIDA en mis manos, momento que me paraliza, momento que me cautiva: es mío. Es mío, pero no me lo quedo en posesión, hay un momento de lucha interior, le quiero para mí. Pero Él vuelve a sonreír y me recuerda mi misión: ser mediadora.

Es ahora cuando empieza la vida, teniéndole a Él y teniendo su fuerza hay que llevar a los demás. Dejar todos los temores a un lado, pues Él no pide imposibles y llevar

la libertad, la misma que yo poseo y que Jesús me ha dado, a quienes necesitan vivir libres.

Es así como vivo yo la Eucaristía, o como intento vivirla. Para mí es ese encuentro con la persona que amo que hace vibrar todo mi cuerpo, me llena de tal forma que se disipan todos mis temores y hace que pueda llegar a todas aquellas personas que se sienten esclavas con ese trozo de pan que trae consigo la libertad.

María José

Joven religiosa adoratriz

«Cuando uno se siente inmensamente amado, no es posible participar del misterio del Amor que se entrega contemplándolo desde lejos. Hay que dejarse devorar por las llamas que queman el holocausto. Y convertirse en amor (...) A lo largo de los siglos, el amor a los hermanos, especialmente a los más indefensos, a los jóvenes y a los niños, a quienes han perdido el sentido de la vida y se sienten rechazados por todos, ha impulsado a los consagrados y a las consagradas a la entrega incondicional de sí mismos. Seguid entregándoos al mundo, siempre conscientes de que la única medida del amor consiste en amar sin medida.»

*Del Mensaje de SS Juan Pablo II a los participantes
en el Congreso Internacional sobre la Vida Consagrada
26 de noviembre de 2004*

Amor que madura y sostiene la vida

Hace unos años, nos visitó en Rwanda un equipo de TVE y, en uno de los ratos de charla informal, uno de los periodistas que se dice ateo, me preguntó con un tono un poco desafiante y curioso: ‘Dina, dime, ¿qué te motivó a los 18 años a elegir este estilo de vida?’. Yo contesté espontáneamente, y sin rodeos le dije: ‘Vicente, **a los 18 años me enamoré de Dios**’. Miré a los que me escuchaban y observé una sonrisa incrédula o tal vez un poco burlona y me dijo: Dina, tal vez has desperdiciado la ocasión de dar una buena respuesta a estas gentes que no preguntan con frecuen-

cia cuál es el fundamento de una consagración a Dios. De todos modos la respuesta estaba dada y seguimos charlando sobre ese asunto y sobre otros. Nunca le he preguntado a este amigo si le convenció mi respuesta, pero sí que he pensado varias veces que fue tan profunda y tan verídica como espontánea.

Nací en una familia cristiana, como casi todas las españolas de mi época, pero mi familia nunca ha sido muy practicante. Yo pensaba hacer lo que hacían la mayoría de las jóvenes de mi edad y para no perder tiempo, a los 17 años ya tenía un amigo con el que pensaba compartir mi vida. Pero Dios se hizo el encontradizo y a los 18 años **me enamoró** y también, sin perder tiempo entré en el Instituto Secular *Vita et Pax*. Así empezaba a recorrer un camino en el que se han entrelazado la búsqueda y los encuentros con Aquel que me había seducido.

En mis años jóvenes, la presencia Eucarística fue para mí *el Lugar* donde encontraba respuesta a mis aspiraciones profundas y triviales. Sí, *Allí* podía descargar mi corazón, dar rienda suelta a mis ilusiones y soñar, como sueñan todos los jóvenes al lado de alguien de quien se han enamorado. Dios, que es un gran pedagogo, quiso quedarse entre nosotros en la Eucaristía para hacerse más cercano y asequible al ser humano.

Otra etapa de mi juventud estuvo marcada por la búsqueda de sentido. Fue el tiempo en que cuestionaba todo, lo que dejaba y lo que seguía. Tiempo de duda, de oscuridad, de proyectos y de realizaciones. También en esta etapa, la Eucaristía fue el lugar de *Encuentro*, lugar donde descargaba mis dudas, donde gritaba mis añoranzas y donde, de vez en cuando, vislumbraba un rayo de luz que me animaba a seguir participando en la tarea de construir el Reino.

El momento histórico que vive el país que me acogió en mis años jóvenes, ha teñido de un tono sobrio la etapa de mi edad madura. Años de violencia, de sufrimiento, de pérdidas humanas, de dudas, de miedos. Tal vez son los años en que más he sentido la presencia Eucarística. Momentos fuertes de consuelo y de ternura que han hecho posible el continuar, cuando todo me invitaba a hacer marcha atrás. Momentos también de intuiciones profundas que me han ayudado a conocer más lo mejor y lo peor del ser humano. Recuerdo los meses que pasé en España desde que nos repatriaron, en abril de 1994, hasta diciembre que pude volver a Rwanda. Yo me debatía con la idea de haber abandonado aquel pueblo que tanto creía querer. Fue el día del Buen Pastor, en la Eucaristía, donde entendí que sólo Dios es el Buen Pastor y todos los demás, por mucho que nos creamos, estamos en proceso. Bendita confianza que ‘me puso en mi lugar’ y sosegó mi corazón. Sí, sólo Dios es Dios y Él nos lo va diciendo al oído mientras lo buscamos, cogidas de su mano, y cuando lo escuchamos, le conocemos un poco más a Él y a nosotras.

“*Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida*”. “*El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él*”. He necesitado años de contacto con la Eucaristía y superar muchas modas ideológicas para intuir un poco lo que estos versos del Evangelio nos pueden decir. La Eucaristía opera en nosotros algo

tan sencillo y tan vital como lo que hace la comida en nuestro organismo. Si sólo nos alimentáramos de banquetes, nuestros cuerpos no se habrían desarrollado armónicamente y nuestras funciones vitales estarían desordenadas. **La Eucaristía nos hace**, a pesar de nuestra rutina y de nuestras incoherencias. Pero sería inconsciente por nuestra parte no pararnos nunca a saborear y a disfrutar de ese *Manjar* aunque también aquí, siempre la iniciativa viene de Dios.

Me gusta contemplar en la Rwanda actual, sumida en el sufrimiento y en la miseria más extrema, a esos hombres, mujeres, jóvenes y niños que llenan las iglesias para celebrar la Eucaristía. En mis años jóvenes habría tenido una mirada más crítica de estas asambleas, calificándolas de masivas e incluso folklóricas. Hoy, miro a estas gentes con un profundo respeto e intuyo que buscan en la asamblea Eucarística el lugar donde no son juzgados, donde son reconocidos como personas, donde se sienten amados y donde reciben fuerzas para que la vida siga siendo posible. También me impresiona ver a algunas de mis compañeras de trabajo, después de una larga mañana de servicio a los enfermos, en la hora escasa que tenemos para comer, retirarse a la capilla a rezar y salir sonrientes y pacificadas, dispuestas a seguir curando, consolando y haciendo realidad lo que nos dice Jesús: *“no sólo de pan vive el ser humano”*. Esto, que puede parecer heroico o incluso extravagante en algunos ambientes de nuestro mundo rico, yo tengo la suerte de disfrutarlo cada día entre los pobres.

Sí, hoy le daría la misma respuesta a Vicente: hice esta opción a los 18 años porque **Dios me enamoró** y, en el contacto con la Eucaristía, ese amor sigue creciendo. Cuando miro el camino recorrido veo que su presencia lo hace luminoso. Cuando miro el presente, a pesar de su sombrío telón de fondo, y me atrevo a echar una ojeada al futuro lleno de incógnitas, el calor de su mano me anima a seguir caminando.

Dina Martínez

Instituto Secular *Vita et Pax*

«Vosotros, *consagrados y consagradas*, llamados por vuestra propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida.»

Juan Pablo II, Mane nobiscum Domine, 7 de octubre de 2004, n.30.

A los pies del Sagrario

Yo era un muchacho entonces, pero recuerdo que el viejo portón de la iglesia chirrió como quejándose al ser abierto por aquel joven, hijo de la feligresa que custodiaba las llaves, y que amablemente había accedido a abrirnos el templo para que pudiéramos visitarlo. Habíamos partido de excursión horas antes desde el albergue en el que La Obra de la Iglesia había establecido aquel verano su campamento para jóvenes y niños. *“Antes de nada iremos a visitar al Señor, que nos espera siempre en el sagrario”*, habían anunciado poco antes nuestros monitores, al entrar en aquel pueblecito perdido de Castilla. Y así, lentamente, el nutrido grupo de chavales íbamos entrando poco a poco, uno tras otro, en el silencioso templo, con cierta mezcla de expectación y curiosidad. Pronto los más mayores y entendidos se dieron cuenta de que no ardía ninguna lamparita junto al sagrario. *¿Sabes si está el Santísimo?*, preguntaron volviéndose hacia nuestro joven portero? *¡Anda!, ¿pues no dicen que está en todas partes...?*, contestó él con ruda ingenuidad. Todos nos miramos con un mismo pensamiento: si hemos venido a visitar a Jesús y Él está aquí esperando, vamos a cantarle algo y acompañarle un rato como hacemos siempre, pero... ¿está Él aquí?

Un sacerdote que nos acompañaba abrió el sagrario: sí, el Señor estaba allí. Y estaba allí como en tantos y tantos sagrarios de nuestros pueblos y ciudades: solitario, cargado de amor infinito, esperando... esperando encontrarse con cada uno de nosotros para ser nuestro Maestro y Señor. Aquello que nos habían dicho tantas veces: la espera incansable y amorosa de Cristo en la Eucaristía, el regalo inmenso que suponía tenerle con nosotros y la soledad y el olvido en que le dejábamos muchas veces los cristianos por inconsciencia, aquello que habíamos sólo escuchado, era ahora experiencia viva. Aquel día nuestras canciones sonaron con una vibración especial; teníamos que acompañar al Señor y amarle con todas nuestras fuerzas durante los pocos minutos que estaríamos allí. Después el portón se cerraría otra vez y Él quedaría solo de nuevo, tal vez durante muchas horas o incluso días. Ese rato de silencio marcó sin duda nuestras almas jóvenes; nunca lo olvidaré: era un silencio que en realidad era un clamor, un clamor de entrega, y una petición amorosa de compañía y correspondencia a su amor.

Pasaron cinco o seis años. En esta ocasión se trataba de una iglesia moderna, luminosa, confortable, en medio del bullicio de una ciudad, también castellana. Allí estaba también Él. Y allí, frente a aquel Sagrario, hubo un nuevo encuentro íntimo, cálido... en el silencio, donde Él habla sin palabras, de espíritu a espíritu. Aquel silencio era un clamor distinto pero igualmente amoroso y fuerte: *“Sígueme”*. Y en su luz comprendí claramente: *“Señor, he de ser para ti”*.

Me consagré a Dios en La Obra de la Iglesia, para ayudar a la Iglesia, junto a su fundadora, la Madre Trinidad. Han pasado casi veinte años desde aquel día; años de nuevos encuentros, porque el “respirar”, el “palpitar”, el vivir del alma consagrada no puede ser otro que la Eucaristía, alimento del alma, compañía y descanso para el Amor, luz y fuerza en el camino, fecundidad de nuestra consagración.

Saboreé en distintas ocasiones este párrafo tomado de los escritos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia, que he visto reflejado en mi vida y en la de tantos otros. Hace tiempo lo copié en mi libreta y de vez en cuando lo releo: *«A los pies del Sagrario es donde se aprende a ser lo que tenemos que ser y a hacer lo que tenemos que hacer. Ante las puertas del sagrario, “los portones suntuosos de la Eternidad” donde se oculta el Dios vivo, “Luz de Luz y Figura de la sustancia del Padre” (Cfr. Heb 1,3), surge la vocación a la virginidad, al sacerdocio; florece la vida misionera y se llena de impulso nuestro corazón, de luz nuestro entendimiento, de amor nuestra voluntad y de fuerza nuestro actuar, para realizar los planes divinos con alegría y seguridad»* (“El habla de Dios”, Colección “Luz en la noche. El misterio de la fe”, n° 16).

Y al leerlo de nuevo hoy, mirando al sagrario, pienso: Señor, ¿dónde estaría el fruto y el sentido de mi vida consagrada a Ti, sin ese *impulso*, esa *luz*, ese *amor* y esa *fuerza* que sólo Tú, vivo y presente entre nosotros, nos puedes dar?

Julio Castaño

La Obra de la Iglesia

(Nueva forma de Vida consagrada)

La razón de mi alabanza

Es fría y lluviosa esta mañana de Valladolid, pero tengo suerte: mis clases no empiezan hoy hasta las 10, así puedo ir temprano al Santuario. Allí me espera Él...

Buenos días, Señor, a Ti el primero... Déjame saborear el gozo de encontrarte, de encontrarnos una vez más. Aquí estás, nunca me defraudas. Tú eres la razón de mi alabanza, por encima de cualquier otro gozo o certeza, eres mi energía vital, mi roca, mi fuerza. Dentro de poco entrarás en mí, con todo tu poder, colmarás mi ser y todas mis ansias. ¡Qué razón tiene tu siervo Juan Pablo II, cuando dice que la Eucaristía es un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra, un rayo de gloria de la Jerusalén celestial! Tú me has hecho y me renuevas cada día, me confirmas en tu

Amor. Porque, aunque oculto bajo las especies, estás aquí, glorioso, pero sencillo y cercano, con tu sonrisa, tu bondad y comprensión infinitas... ¡Ven, Señor Jesús, ven a mí, que soy tan pobre y necesitada! Déjame sentirme con la Didaché: “Que tu gracia venga y que este mundo pase”.

Señor, no soy digna... “El Cuerpo de Cristo”. Y mi “Amén”, siempre maravillado, intenta reproducir, aunque sea de lejos, el Fiat entregado de tu Madre.

Háblame, mi Señor...

¡Cómo pasa el tiempo! Horas y horas podría permanecer aquí, pero no es posible, porque tu Amor no me aparta ni me retiene: me entrega a los demás, una vez que has tomado posesión de mí. Ya no voy sola, ya somos dos todo el día... ¿Te parece que nos vayamos, mi Señor?

Nada más entrar en el Instituto me saluda Raúl, uno de los alumnos mayores, 18 años. Lleva una mochila de moda, en la que puede leerse: SIN DIOS. Pues vaya, le espera un sacrificio, porque precisamente hoy vamos a comentar en clase un poema de Machado donde se nos habla de cómo ese gran poeta buscaba a Dios entre la niebla. Van a tener que explicarme, entre otras cosas, cómo entienden ellos la palabra “niebla”, además de qué entendería por ella Machado, según las circunstancias en que le tocó vivir. Y a lo mejor se lo pregunto directamente a él.

Carolina, 17 años, se me acerca en el pasillo: es una excelencia hecha alumna, buenísimas calificaciones, belleza y estilo personal... pero medio hundida en anorexia y con episódicos ataques de bulimia. “Perdóname, Gloria, ayer no pude venir a tu clase... Tengo muchos problemas y...”. La miro con todo el afecto que me inspira. “Ya lo sé, no importa. Pero... ¿sabes lo que pensamos de ti los profesores? Ayer lo dijimos en la sesión de evaluación: eres extraordinaria, Carolina, llegarás a donde te propongas, siempre y cuando no intentes hacerlo como los gladiadores, claro. Date tiempo, respira”. Su sonrisa es todo un premio.

Durante el recreo, oigo demasiado jolgorio en el pasillo. Me asomo. Laura, 17 años, baila una sevillana con estilo inimitable, rodeada de un círculo de compañeros... Se interrumpen cuando me ven, piensan que van a recibir una buena bronca, pero el aplauso me salió espontáneo. ¡Vaya, qué bien baila Laura!

Partiendo de mi amplia experiencia docente, afirmo: no creáis a los que dan por perdidos a los jóvenes. Es verdad que les están robando la juventud, eso es innegable. Algunos diputados han pedido que se les reparta gratis la píldora del día siguiente, y crece el consumo de drogas. Pero eso no es una invitación al desaliento, sino todo lo contrario. No podemos ir a ellos con elaborados discursos, sino con *el testimonio de la presencia*, bien enraizado en una vida eucarística enamorada y apoyados en la fe de la Iglesia. Que sin nombrar a Jesús —no puedo hacerlo en clase, soy funcionaria del Estado y no soy profesora de Religión—, lo vean en mí, en todas mis

manifestaciones, en mi profesionalidad, en mi estilo actual pero no al dictado de modas y consignas... Jesús ha entrado en mí, está en mí, viene conmigo a mis clases. Sembraré y confiaré.

De nuevo contigo a solas, mi Señor. Pero hoy mi alma está pegada al polvo... El reportaje de anoche, Señor, sobre la prostitución infantil. Esa niña de diez años escasos, mal vestida, que bailaba sosteniendo una gran serpiente... No he dormido, Señor, y pensaba que ya estaba curada de espantos. Ayúdame a combatir todo eso preparando a mis alumnos a construir un mundo nuevo. Las estadísticas dicen que una gran parte de profesores acuden a consultas psiquiátricas, por la presión de nuestro trabajo. Yo nunca lo he necesitado, porque Tú eres mi Fuerza y sólo tengo que abrir mis brazos y recibirte... ¡Sí, venga mi Amado a su huerto! Ven, ven a mí una vez más, haz que yo te ame con los latidos de tu propio corazón... Pero esa niña, Señor...

Nuevas tecnologías en clase de Lengua, curso 4º F, página 45: internet. Les hablo de Échelón y cómo gracias a esa vigilancia han desarticulado una red de prostitución infantil. ¡Bienvenidas sean las nuevas tecnologías! Luego les hablo de Somalí Mam, la heroína libertadora de niñas, mundialmente conocida y Premio Príncipe de Asturias en 1966. ¿Le enviamos todos un email a su Fundación, para decirle que estamos con ella? Así, de paso, practicamos el correo electrónico, ese nuevo sistema de comunicación.

Medito contigo, mi Señor, el pasaje de Ef 6, 12. ¿Por qué se comenta tan poco ante los fieles este pasaje? Así me resulta que muchos se equivocan de enemigo: creen que su enemigo es un vecino, un compañero de trabajo, el cónyuge en ocasiones... y olvidan al verdadero instigador, al Padre de la mentira. ¿Cómo van a saber combatir, si se equivocan de enemigo? Pero Tú has vencido y vencerás, estás entre nosotros para asegurarnos esa victoria, junto a la Inmaculada en este nuevo año a Ella dedicado por nuestros obispos, la Virgen victoriosa, la Madre invencible. Mi Señor Jesús, ven a mí, fuerza mía, Amor de mi vida, mi roca, mi baluarte. Transfórmame en Ti, y luego vuelve a enviarme allí donde el dolor de cualquier clase, o la ignorancia, o la manipulación hayan clavado sus garras. ¡Dame tu sonrisa, mi Señor, la necesitan los jóvenes!

– El Cuerpo de Cristo.

– Amén.

Gloria Irene Álvaro Sanz
Orden de las Vírgenes